

BELLAS ARTES

EL ALBUM SALÓN honra hoy sus páginas de color publicando una perla del que fué ilustre académico y director de la Academia Española en Roma, señor Casado del Alisal.

El malogrado artista, que empezó su carrera con el popular cuadro, *Últimos momentos de Fernando el Emplazado*, que legó más tarde al arte español su hermosa *Rendición de Bailén* que decora el salón de sesiones del Congreso y la sensacional *Campana de Huesca*, fué uno de los pintores que más aristocráticamente idealizaron la mujer, para la que hallaba en su paleta las más suaves tintas y las formas más delicadas.

Los retratos femeninos eran el *sumum* de la elegancia y el buen gusto, al paso que los masculinos tenían un no sé qué de afeminados. Esta distinción acusábase en asuntos que, como el de *La Maja*, que copiamos, procedían de más baja extracción, y nadie vacilaría en asegurar, al contemplar el corte ovalado y regular del rostro, la tersura ebúrnea de las manos, cuyos afilados dedos indican su ociosidad, y el gracioso y espontáneo movimiento de la figura, que el modelo que le sirviera para el cuadro fuese una gran dama.

Esta linda obra, figura ahora en el Museo de Arte Moderno, de donde el editor de ALBUM SALÓN la ha mandado copiar exactamente, con objeto de ofrecerla a sus favorecedores.

En la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada por el

«Círculo Artístico» de esta ciudad, llamaron poderosamente la atención dos cuadros del pintor sevillano Ricardo López Cabrera.

El primero, que tuvimos el honor de publicar en el número 120 y del que no pudimos ocuparnos por deficiencia de espacio, representaba una escena de familia en uno de esos pintorescos y característicos patios de Sevilla. *Después de la boda* entréganse los convidados á una *juerga* de buen género, en la que reina honesta alegría. Nuestros lectores se habrán fijado ya en la naturalidad de la composición, en la gracia de las actitudes, en los primores de detalle que, como sutil bordado, adornan el precioso cuadro.

La Buenaventura, publicada hoy, es el segundo de dichos cuadros, que debemos á la galantería de su autor.

Pocas veces el pincel habrá sorprendido con más fidelidad una escena de la vida. La composición es tan sobria como clara; los personajes se reducen á lo estrictamente necesario y el pintor ha hecho maravillas de ejecución. De toda la escena emana un hondo sentimiento de placidez que hace aún más perceptible la discreta distribución de la luz.

López Cabrera sabe hacer arte, hasta en estos cuadros de caballete que solicitan no tanto la atención como la bolsa de los aficionados.

FRANCISCO CASANOVAS

UNA ANÉCDOTA DE GOYA

UNA mañana de las de Mayo de allá por el año 1743 el bueno del Padre Santo, Benedicto XIV, estaba en su habitación del Vaticano y repasaba varias cartas de salud ó consulta de los principales príncipes de Europa, que, casi á diario, acudían á él en demanda de consejos y de bendiciones. Federico II de Prusia pedale que interviniera con su voto diplomático en las negociaciones para resolver la guerra de Sucesión de Austria. El margrave de Bayreuth y el Rey de Nápoles le anunciaban su próxima visita. La zarina Isabel Petrouina pedale ayuda para salir airoso en ciertos delicados asuntos de familia, y le llamaba *el hombre sabio*.

El Pontífice iba leyendo todas las cartas y las entregaba al insigne cardenal Martín Gonzaga, que fué quien, con el auditor de la Rota, don Manuel Ventura Figueroa, firmaron el concordato de 1753.

Próspero Lambertini iba haciendo oportunas indicaciones y á cada carta que entregaba á Gonzaga decíale bondadosamente:

—Ya véis cuán benévolutamente me juzgan. No soy sabio ni santo. Ya os lo dije: «*Si queréis un santo, nombrad á Gotti; si un político, á Aldobrandi; si os contentáis con un buen hombre, elegidme á mí.*» Yo no alcanzo á ser más que un buen hombre. Si un pintor acertara á hacer mi retrato, no había de hallar en mi rostro rasgos de santo ni de sabio; solamente una sonrisa de buen hombre.

Su amado discípulo el cardenal Gonzaga, como si de súbito recordase algo que llevara olvidado, hubo de contestar respetuosamente:

—Santidad, si lo permitís he de deciros que hoy precisamente un pintor ha solicitado audiencia para hacer vuestro retrato. Es un joven español, de nombre Francisco Goya, que ha llegado á Roma con una cuadrilla de toreros y de quien dicen Ribera, González Velázquez y Bayeu que en breves horas perpetuará vuestra imagen como ellos mismos acaso no acertaran hacerlo.

La audiencia fué concedida y al siguiente día el atrevidillo pintor español se presentaba ante el Pontífice. Mucho hubo de hablarse en Roma de la osadía del jovenzuelo y no fueron pocos los cardenales que solicitaron de Benedicto XIV el favor de poder asistir á la entrevista.

Francisco de Goya y Lucientes compareció con aquel su desenfado, que era el sello á la vez del hombre y del pintor. Previa la venia del bondadoso Pontífice, «*Paquito de los Toros*», como él mismo se llamaba, sacó una modesta caja poco surtida de colores y, saludando reverentemente, comenzó á extender sobre la tela, con la soltura y garbo que él solía, sobrias tonalidades carnosas, sombras azuladas tenuemente, detalles del birrete, diseños del bordado de la estola y, sin limitar los contornos más que por las distintas coloraciones que iba creando, hacía resurgir la imagen de Benedicto con tal facilidad y tan prontamente hallada, que el Papa mirábale admirado y los cardenales le seguían atónitos.

Fué labor de poquísimas horas. Ya extendiendo con el pincel placas de color que parecían cristalizaciones de luz, ya con el dedo acariciando lo pintado y

dándole una fuerza de plasticidad y de relieve extraordinarios, Goya seguía esbozando su obra, y á cada pincelada y á cada nuevo trazo iba murmurando frases que eran como el *credo* de su arte personalísimo.

El color no existe: todo es la luz misma: la sencillez lo es todo, — iba diciendo: — *con dos tonos basta: si el efecto es justo, el cuadro está acabado.*

Benedicto XIV hacíase repetir cuanto el pintor murmuraba y con la mirada parecía aprobarlo y ratificarlo.

Los detalles huelgan, murmuraba Goya: *los detalles son lujo, y el lujo es pecado...*

Los cardenales iban repitiendo las palabras del artista y éste, finalmente, y cuando Su Santidad no había podido experimentar el menor cansancio, levantóse y volviendo la tela presentóla al Pontífice que quedó admirado.

Los cardenales prodigáronle toda clase de adulaciones y se doblaban saludando el retrato con la misma reverencia que si fuera el propio retratado.

Benedicto bendijo al joven pintor y le despidió cariñosamente diciéndole:

—Esta obra notable te augura fama universal. No he de permitir que salga de esta casa, y desde ahora será una joya más de las galerías vaticanas. Anda por el mundo, hijo mío, que tu nombre vivirá más de lo que tú puedas vivir, si produces todo cuanto prometes por tu talento... y por tu osadía.

Y volviéndose á los cardenales, que estaban contemplando el retrato, les dijo:

—Acompañadle y despedidle como lo haría yo mismo. Merece este honor quien ha producido tan bella obra. ¡Lo que puede un artista!

Goya salió acompañado por los cardenales que le saludaron con admiración repitiendo las palabras del Pontífice:—¡Lo que puede un artista!

Desde entonces, en cuantas ocasiones acertaba á pasar por las calles de Roma alguno de aquellos cardenales que el pueblo y sobre todo las mujeres se estrujaban por saludar, los individuos del Sacro Colegio daban la preferencia al pintor español y le recordaban las palabras de Benedicto:

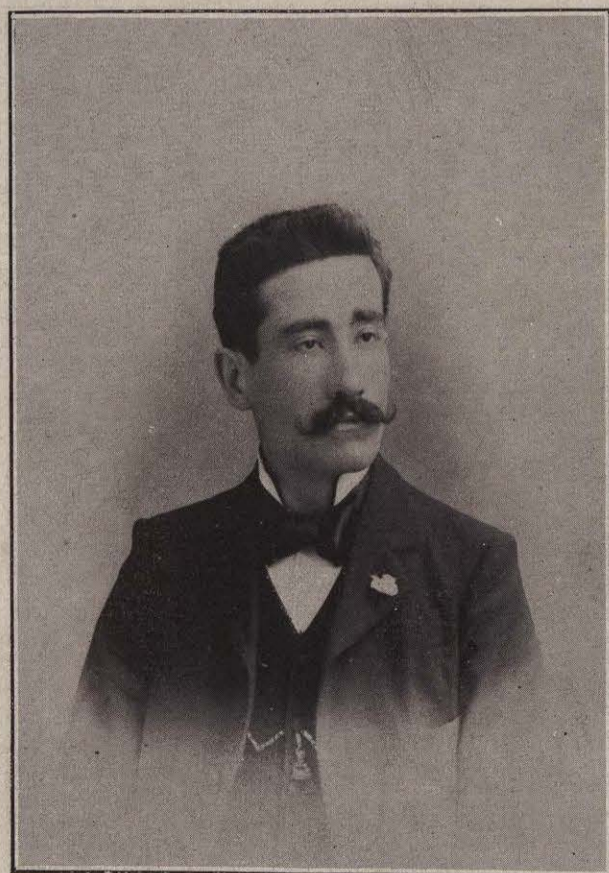
—¡Lo que puede un artista!
Goya se alejaba, y luego deteníase para contemplar la escena: muchas mujeres acercándose á Su Eminencia y hasta besándole los extremos de su túnica de púrpura.

Y siempre se alejaba murmurando el mismo comentario:

—¡Lo que puede un sastre!

MARCOS JESÚS

BERTRÁN



JOSÉ SEGÚ

Distinguido compositor uruguayo y autor de la pieza de música que acompaña al número.

EL MEJOR ESPOSO

EN una gran ciudad moderna de una nación joven y activa vivían en un cuarto de poco precio una madre y tres hijos.

En otro cuarto de la misma casa habitaba un viejo con una niña y aquél tenía tanta inteligencia como ésta belleza. El viejo, á fuer de inteligente, era pobre y, por serlo, deseaba que su hija, si algún día se casaba, lo hiciera con un hombre que la evitara las privaciones que de soltera pasaba.

Viviendo tan cerca y viéndose y hablándose cada día, ocurrió lo que era de pensar. A los mozos les gustó la muchacha y ésta se aficionó á los mozos. Pero como los cuatro eran unos benditos no pasó ni se inició ninguno de esos dramas «*pasionales*» — como dicen ahora los diarios — que tanta boga alcanzan. Los jóvenes estaban enamorados los tres con igual entusiasmo. La niña no sabía por cuál decidirse y, viendo que las circunstancias apremiaban, muy modosa y discreta consultó el caso con su padre, el que llamó á capítulo á los tres pretendientes y les dijo:

—A los tres os tengo por excelentes chicos; pero como uno solamente ha de casarse con Rosa, me permitiréis que os imponga una condición y una prueba antes de decidirme. Rosa tiene sólo diez y seis años; bien puede esperar dos más antes de tomar marido.

Los mozos aprobaron con poco convencimiento aquel exordio, y el viejo prosiguió:

—En esos dos años procurad dar la medida de vuestra inteligencia y aptitudes. Aquél que transcurrido el plazo se presente con mayores merecimientos, ese será el esposo de mi hija.

De buena ó mala gana aceptaron aquel aplazamiento los inflamados mancebos, y al día siguiente Juan marchaba á una nación vecina que estaba en guerra con otro país, Pedro se dirigía á un gran centro industrial y fabril, provisto de unos cuartejos que había ahorrado y Diego cambiaba de casa con su madre; pero no abandonaba la ciudad en que había nacido.

Sucedieronse dos veces unas á otras las estaciones del año; transcurrió el tiempo; continuó fluyendo el agua de las fuentes y el vino de las cubas, y un día el calendario anunció que había llegado aquél en que terminaba el plazo impuesto por el padre de Rosa á los tres mozos.

Juan llegó el primero, vestido de reluciente uniforme. En aquel breve espacio de tiempo, gracias á su bra-

vura é inteligencia, había alcanzado el grado de comandante en el ejército de la nación vecina. Tenía un aspecto soberbio; parecía todo un hombre.

Pedro apareció poco después. Vestía con gran elegancia. Se había convertido en un acaudalado industrial, merced á algunas especulaciones tan atrevidas como afortunadas.

El que compareció tal como antes fué Diego. No se había movido de la ciudad y continuaba trabajando y manteniendo á su madre.

Una vez saciadas sus miradas de la hermosura de Rosa, explicaron sucesivamente lo que habían hecho y lo que alcanzaron.

—Apenas llegado á la nación vecina, — dijo Juan, — me alisté en un batallón de línea. A los seis días entráramos en fuego. Sentí miedo durante un ratito; después, viendo que pasaban las balas sin tocarme, cobré ánimo, cumplí con mi deber. Me han herido tres veces, me han citado dos veces en la orden del día, estas cruces tengo. Creo que dentro de pocos años seré general.

—Yo, — explicó Pedro, — al llegar á la ciudad industrial, busqué en seguida colocación en un despacho. Pronto comprendí que, trabajando por cuenta ajena, siempre me roería de hambre los codos y, para escapar á tal contingencia, engatusé á un compañero rico, pusimos taller, trabajamos de firme. Ahora tengo seiscientos obreros que trabajan para mí y que me ganan una fortuna cada año.

—¿Y tú qué has hecho, Diego? — preguntó el anciano al pobre muchacho que callaba, cariacontecido y confuso.

—Casi nada. He continuado asistiendo al mismo taller de siempre. Me han aumentado el jornal; he mantenido á mi madre y el amo me ha prometido que dentro de unos años me dará participación en el negocio.

—¿Y tú es Rosa, muchacho.

Iban á protestar sus dos hermanos; pero el viejo les atajó, diciendo:

—Tú Juan, no puedes tener más esposa que tu bandera. A una de carne y hueso la tratarías, sin querer, como á tus soldados. Tú Pedro, la tratarías como á tus obreros. En cambio, tú Diego, la tratarás como has tratado á tu madre.

Y así sucedió y todos quedaron contentos y murieron sin grandes penas.

A. RIERA



RICARDO LÓPEZ CABRERA



LA BUENAVENTURA

Círculo Artístico. — Barcelona.